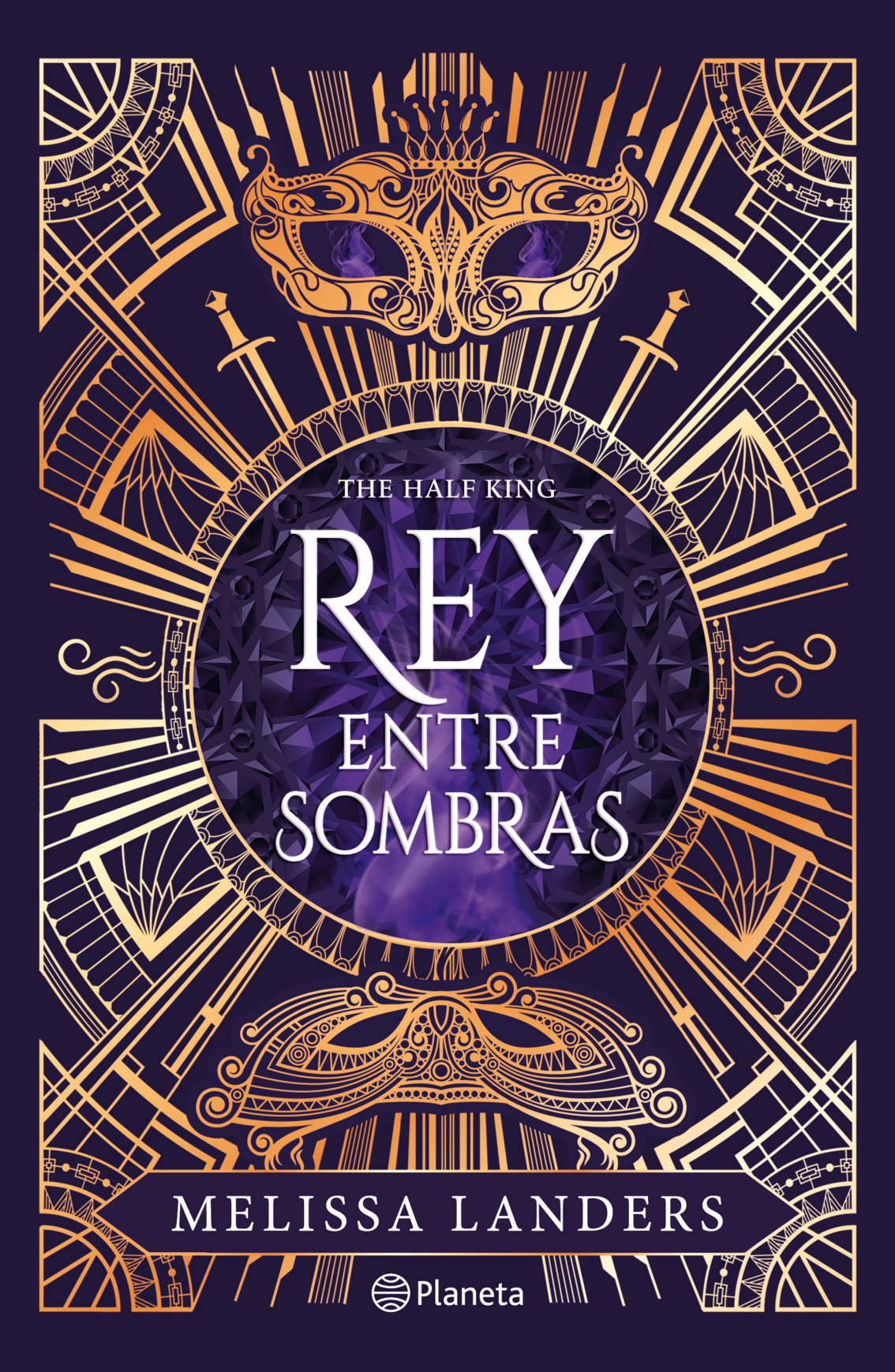


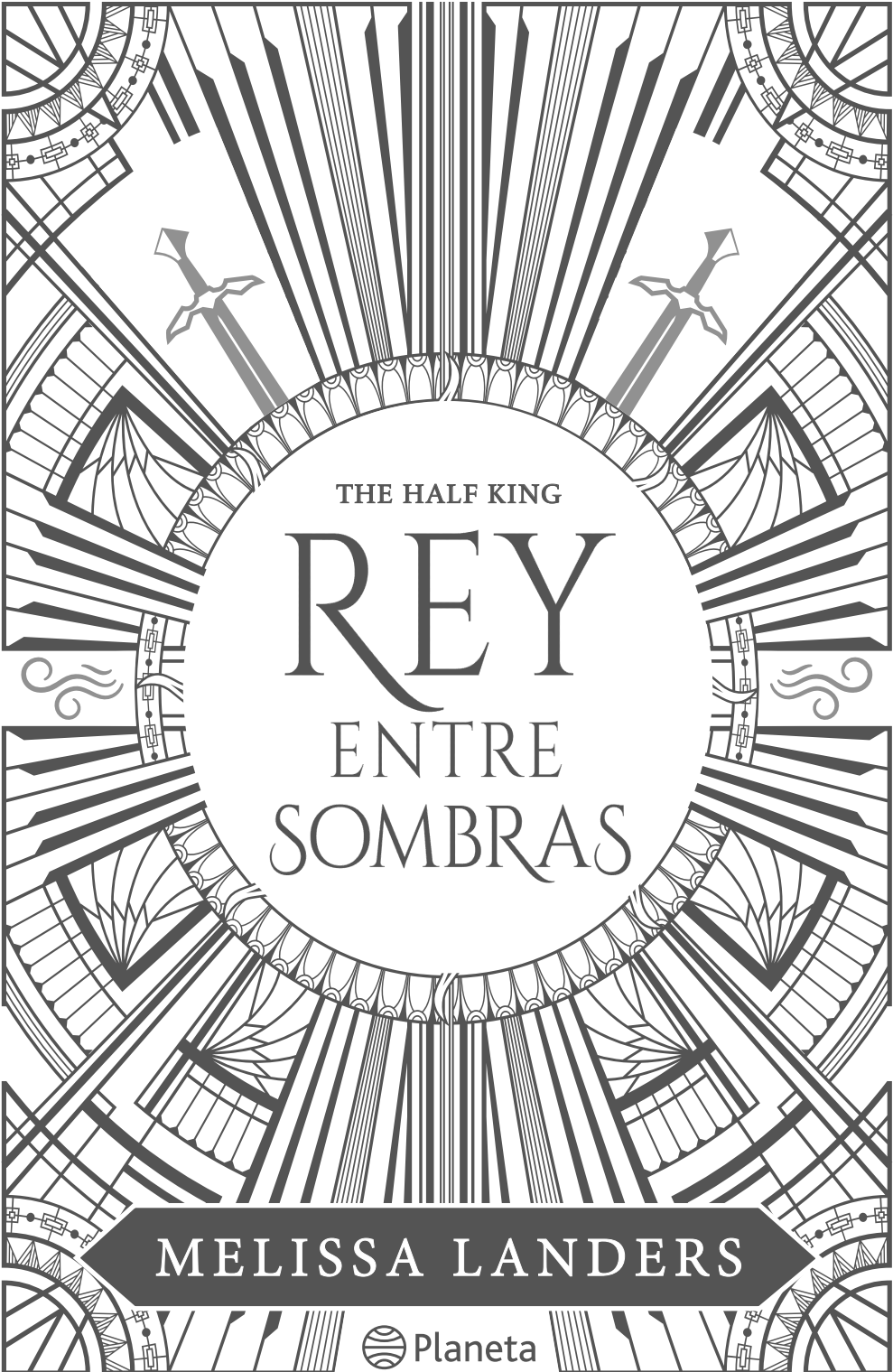


THE HALF KING

REY
ENTRE
SOMBRA

MELISSA LANDERS

 Planeta



THE HALF KING

REY
ENTRE
SOMBRA

MELISSA LANDERS



Planeta



CAPÍTULO UNO

— **T**ráeme una cría de conejo, Cerise, rápido. Cerise se inclinó ante la Reverenda Madre y se dirigió hacia la *conejera*, situada en el extremo opuesto del patio. A toda prisa, serpenteó por un laberinto de bancas y altares de mármol, deslizando los pies con suavidad —porque las damas del templo jamás corren—, hasta llegar a su destino. Abrió la tapa, que despidió aromas de polvo de madera y hierba dulce, y reveló una nueva camada de conejitos descansando. Los bebés parpadearon somnolientos, moviendo sus orejas peludas y sus naricitas rosadas. Cerise levantó al gazapo más pequeño y lo acunó contra su pecho. Mientras volvía por donde había llegado, acarició la delicada piel del conejo y sonrió cuando él le rozó la palma de la mano.

Vivía para momentos como ese.

Sin embargo, cuando se acercó a la banca donde la esperaba la Reverenda Madre y descubrió la gruesa serpiente que dormía enroscada debajo, sus pasos vacilaron y dejó de sonreír. Acercó el conejo a su pecho, ahora sabía para qué se lo había pedido.

—Ven, siéntate a mi lado —ordenó la Reverenda Madre.

Cerise obedeció, aunque más despacio de lo que debía. Mientras se sentaba en la banca, trató de transmitir la confianza de un oráculo, de disimular su miedo como hacían las otras chicas, pero se le cortó la respiración al exhalar.

La Reverenda Madre pareció ablandarse al oírlo. Extendió una mano marchita, con sus largas uñas brillantes a la luz del sol, y la posó sobre la rodilla de Cerise.

—Dime, niña, ¿qué sientes por este animal?

—Ternura. —Cerise se aclaró la garganta y habló con más claridad—. Cariño.

—¿Algo más?

—Apego.

—¿Sientes un calor en el pecho que te impulsa a protegerlo?

—Sí, Excelencia. Es solo un bebé, me necesita.

—Bien. Quiero que te concentres en ese instinto, la vida del gazapo dependerá de ello. —La Reverenda Madre se apretó el esternón con la palma de la mano y lanzó una mirada mordaz por debajo de su cabello corto y canoso. Tenía tres, quizá cuatro veces los diecinueve años de Cerise, nadie lo sabía con exactitud ni se atrevía a preguntar—. La compasión es la fuente de nuestro don, déjate guiar por ella y verás.

Cerise asintió como si estuviera comprendiendo sus palabras, pero ya las había oído miles de veces. Sus primeros recuerdos eran pasear por ese mismo patio y admirar a las videntes adolescentes mientras perfeccionaban sus habilidades.

Lo hacían parecer tan fácil.

—Arrodíllate ahí —dijo la Reverenda Madre, señalando hacia un adoquín de piedra situado a un brazo de distancia delante de la banca... y de la serpiente que descansaba abajo—. Llévate el gazapo contigo.

Los bordes de los adoquines se sentían afilados contra las rodillas de Cerise cuando se colocó en posición, pero ella apenas notó la incomodidad. Estaba demasiado distraída con la serpiente que tenía enfrente, ya despierta y moviendo la lengua bífida en el aire. El conejo parecía sentir el peligro. Cerise sintió cómo el pequeño corazón del animal latía más rápido que las alas de un ángel.

—Ahora bien... —La Reverenda Madre buscó algo detrás de ella y sacó una pequeña jaula de alambre que puso en el suelo

justo enfrente de Cerise. La jaula, de una o dos manos de ancho y profundidad, estaba abierta por arriba. A lo largo de la pared frontal había seis agujeros espaciados de modo uniforme, eran lo suficientemente grandes como para permitir el paso de la víbora, pero demasiado pequeños para dejar que el conejo escapara. Los agujeros estaban orientados hacia la serpiente, dejando un camino corto y recto donde descansaba hasta las seis entradas—. Pon el conejo dentro de la jaula.

Cerise hizo lo que la Reverenda Madre le pidió.

—La serpiente entrará a la jaula por uno de los seis agujeros delanteros —dijo la Reverenda Madre—. No entrará por arriba, lo sé porque es una criatura simple y puedo ver qué camino elegirá. Cierra los ojos, despeja tu mente y también lo verás. Una vez que sepas cuál será la entrada por la que entrará, señálala y le perdonaré la vida a tu conejo. —La Reverenda Madre no mencionó qué pasaría si se equivocaba, pero esa alternativa flotaba en el aire sintiéndose más densa que el polen.

Antes de que Cerise pudiera prepararse, la serpiente se desenrolló y empezó a reptar lentamente hacia su presa, de manera que reveló el patrón de círculos rojos entrelazados de su piel. «Una serpiente de fuego de las tierras bajas». Si había una forma más cruel de morir, no se le ocurría ninguna. Cerró los ojos y se concentró en el calor que sentía en el pecho, aferrándose con fuerza al resplandor antes de que cediera el paso a las punzadas de ansiedad.

«¿Qué camino elegirá la serpiente?», se preguntó.

Solo había oscuridad detrás de sus párpados.

Volvió a intentar que su mente revelara la respuesta. «¿Qué camino elegirá?».

Nada. Ni siquiera un destello de visión pasó por su mente. Cuando exhaló para calmar sus nervios ocurrió algo que le heló toda la sangre.

El gazapo empezó a chillar.

Cerise abrió los ojos horrorizada, nunca había oído chillar a un conejo. Ni siquiera sabía que fuera posible. Era un sonido

espeluznante y tan cargado de emoción humana que podía confundirse fácilmente con el grito de un niño. El conejo chilló más fuerte al ver a la serpiente acercarse; luego, presa de un pánico histérico, saltó repetidamente contra las paredes de alambre, lanzando su pequeño cuerpo contra las barreras con un sonoro golpeteo.

—Recorre a tu compasión —dijo la Reverenda Madre.

Cerise volvió a concentrarse, recurriendo no solo a su compasión, sino a todas y cada una de sus emociones, hasta que temió que fuera a estallar por tanta tensión. El sudor le recorría el cuerpo y le provocaba escalofríos. Intentó recobrar calma despejando su mente y abriendo su corazón, pero eso no funcionó, entonces rogó en silencio a la diosa para que le diera una respuesta.

«¿Qué camino elegiré?».

Por más que lo intentaba, no podía ver a la serpiente en su mente. Cuando la serpiente asomó la cabeza por el tercer agujero de abajo y retrocedió para atacar, el conejo lanzó más chillidos mortales.

Cerise metió la mano a la jaula en el momento exacto en que la serpiente se abalanzaba hacia el conejo. Un par de colmillos afilados como agujas se le clavaron en el antebrazo y sintió un dolor tan agudo que no tenía nombre. Gritó desde el fondo de sus pulmones sin importarle su reputación como dama del templo. Deseó que la diosa Shiera se la llevara; la muerte sería misericordia. El fuego le hervía la sangre que recorría sus venas. Un olor a carne carbonizada le llenó las fosas nasales. Esperaba que su manga se prendiera en llamas, pero en lugar de estallar hacia el exterior, el calor se acumuló en su interior, duplicando su intensidad, hasta que se le nubló la visión.

Cuando se dio cuenta, la Reverenda Madre estaba a su lado, utilizando su poder de sanadora para extraer el veneno. La sangre brotaba de sus heridas en un fino chorro que caía al suelo y se coagulaba en un charco escarlata. La serpiente yacía junto al charco de sangre, enroscada, dormida o muerta, no sabía cuál

de las dos. El veneno salió de sus venas, llevándose el fuego con él, pero incluso después de que el dolor remitiera, se puso a llorar contra su manga.

—Contrólate —la reprendió la Reverenda Madre, luego, se sentó sobre sus talones y sacudió la cabeza—. Desde luego, no preví que eso fuera a ocurrir. Una vez más, me desconcertaste. No sé qué hacer contigo.

—Lo intenté, Excelencia, se lo juro... —Cerise se interrumpió con la respiración entrecortada, aunque no había nada más que decir. Ambas sabían la verdad y, lo más importante, lo que significaba. Los sacerdotes eran los únicos portadores de la magia. Las videntes eran oráculos que predecían el futuro. Algunas videntes excepcionales, como la Reverenda Madre, también poseían el don de la sanación, pero el único don de Cerise era su capacidad de desconcertar a sus mentores.

La Reverenda Madre dirigió su atención al suelo de piedra y utilizó su energía sanadora para separar el veneno de la sangre. La masa se dividió en dos orbes líquidos, uno amarillo y otro rojo, hasta que el veneno formó una perla de toxina pura. La sangre era gratuita, pero el veneno era demasiado valioso para desperdiciarlo, sobre todo cuando corrían rumores de una guerra inminente. La toxina se convertiría en un arma y se guardaría como defensa.

—No te desanimes —dijo la Reverenda Madre, aunque con una voz carente de esperanza—, todavía tenemos tiempo.

«Tres lunas». Ese era el tiempo que le quedaba a Cerise antes de cumplir veinte años y celebrar el Día de Atribución, la última ocasión en que se manifestarían sus dones, suponiendo que tuviera. Si para entonces no había recibido la visión, jamás la recibiría. Ocurría lo mismo con todos los segundos hijos que habían sido puestos al servicio de la diosa. Sin embargo, en los diecinueve años que Cerise había vivido en el templo, nunca había conocido a una vidente o a un sacerdote que hubiera esperado tanto para recibir su don. Lo más probable era que no poseyera nin-

guno, y entonces ¿qué iba a hacer? No había muchas opciones para las damas de noble cuna y, como segunda hija, tenía prohibido casarse. Podía quedarse en el templo, pero solo como sirvienta. Se estremecía al imaginar cómo sería eso: cocinar y limpiar para cada nuevo grupo de oráculos, desvaneciéndose con el tiempo mientras ellas permanecían perpetuamente jóvenes y llenas de promesas.

El tiempo la olvidaría, incluso ella podría olvidarse de sí misma.

Pronto se escuchó a lo lejos el débil chasquido de unos zapatos en la entrada norte del templo, donde un sirviente se dirigía hacia ellas. Mientras cruzaba el patio, Cerise estudió su ropa, que era sencilla y gris para demostrar su condición de hijo segundo sin dones. ¿Habría soñado con convertirse en sacerdote? ¿Habría fantaseado con cambiar el mundo con su magia? ¿Y en su Día de Atribución habría tenido el corazón tan roto como ella tendría el suyo?

—Su Excelencia —dijo, inclinándose ante la Reverenda Madre—, la familia Solon espera a su estudiante en la sala de visitas.

Cerise parpadeó sorprendida. ¿Qué hacían sus padres ahí? Ya la habían visitado una vez durante el último ciclo lunar, no esperaba que volvieran hasta su Día de Atribución.

—Hazlos pasar a la sala del jardín y ofréceles algo de beber. —La Reverenda Madre alzó una mano para señalar el vestido manchado de sangre de Cerise—. Su hija se reunirá con ellos una vez que esté presentable.

—Sí, Excelencia.

—Lleva esto al arsenal —señaló el veneno de víbora—, y esto al altar de los sacrificios —señaló la sangre.

—De inmediato, Excelencia.

Después de que el sirviente llenara dos frascos y se los llevara, Cerise se atrevió a mirar a la Reverenda Madre.

—¿Qué les dirá?

—La verdad, Cerise. Aunque estoy segura de que preferirían oírla de ti.

No era así. Lo último que sus padres querían oír era la verdad.

—Ahora, ve a cambiarte el vestido —dijo la Reverenda Madre mientras dejaba algo cálido y suave en las manos de Cerise. Era el conejo, que se había quedado quieto, demasiado quieto—. Calma —añadió la Reverenda Madre con una mirada aguda—. La criatura está viva, pero su corazón sufrió durante la prueba. Devuélvelo a la conejera, donde podrá descansar.

Cerise acarició las largas orejas del conejo.

—¿Sobrevivirá, Excelencia?

En lugar de responder, la Reverenda Madre observó una gota de sangre en un adoquín cerca de la jaula y limpió la mancha con la punta del zapato.

—Ve a cambiarte el vestido.



CAPÍTULO DOS

Cerise bajó desde sus aposentos en el segundo piso por la Escalera de mármol, tras haberse puesto un vestido limpio y lavarse la cara y los brazos hasta resplandecer. Se pasó una mano por la falda plisada y, al hacerlo, admiró el sutil cambio de tono: del blanco crudo de la blusa al negro del dobladillo, los tonos se mezclaban tan perfectamente que no podía distinguir dónde terminaba uno y empezaba el siguiente. Como toda su vestimenta, el vestido correspondía a su condición de vidente en formación: menos elaborado que las túnicas doradas de la Reverenda Madre, pero más fino que el lino gris de un sirviente. La tela satinada era tan suave como el cristal y crujía cuando se movía, pero lo que más le encantaba era lo que representaban los tonos: el equilibrio entre la oscuridad y la luz, como la propia diosa Shiera.

Cerise temía el día en que tuviera que renunciar a esa ropa.

Cuando llegó al atrio, al pie de la escalera, miró a la izquierda, hacia el jardín, y se sorprendió a sí misma tensando los hombros. Practicó sus ejercicios de relajación, una respiración profunda tras otra, y mientras sus músculos se relajaban, dirigió la mirada hacia el techo abovedado, donde los murales pintados al óleo narraban la historia de su pueblo.

La primera escena representaba a Shiera creando cuatro masas de tierra y poniendo al mundo en movimiento alrededor del sol. Esas cuatro tierras (Calatris, Mortara, Solon y Petros) alber-

gaban toda la vida conocida, y cada una estaba gobernada por la dinastía del mismo nombre. En cuanto a Shiera, nadie conocía su verdadera forma, su única visita al mundo de los hombres había tenido lugar hace mil años, durante la Gran Traición, y los relatos de aquella época eran muy variados. Aquí se le representaba como una belleza implacable, con miembros fuertes para la batalla y el rostro dividido en dos mitades iguales: una resplandeciente de piedad y la otra contorsionada por la ira. Así era como a Cerise le gustaba imaginarse a la diosa, aunque la mitad oscura le daba escalofríos si la miraba durante demasiado tiempo.

Sintió un escalofrío y apartó la mirada.

Atravesó el atrio hacia la sala del jardín contiguo. Antes de llegar a la puerta, la recibió el dulce aroma de las flores de luna. Una vez dentro, pasó a través de un muro húmedo y se encontró con sus padres sentados en un diván de terciopelo, con las tazas de té y los rostros morenos, casi idénticos al suyo en tono, inclinados entre sí mientras conversaban. Levantaron la mirada y ella esbozó una sonrisa tímida.

—Corazón —la llamó su madre, que enseguida dejó la taza de té sobre la mesa y se le acercó con los brazos abiertos, envueltos en seda. Sus ojos color ámbar, que Cerise había heredado, brillaban tanto de emoción que la niña casi se olvidó de sus preocupaciones. Al menos hasta después del abrazo, cuando su madre se apartó alzando las cejas en una pregunta silenciosa.

—Nada ha cambiado —admitió Cerise.

Su madre se interesó abruptamente por el suelo. Su padre también bajó la mirada. Su decepción era casi tan densa como la humedad del aire.

Sin dejar de mirar hacia abajo, el padre se aclaró la garganta.

—Hay tiempo de sobra, hija.

—Eso dice la Reverenda Madre —respondió Cerise.

—Pues tiene razón —dijo una nueva voz, y la figura de una dama salió de atrás de una celosía cubierta de enredaderas cerca

de la pared del fondo. Alta y esbelta, la mujer iba vestida con galas de seda y un velo oscuro que ocultaba cada centímetro de su cabello y su rostro—. Llevo años diciéndoselo.

Cerise ahogó un grito.

—¡Nina!

Olvidando las reglas del templo, Cerise se abalanzó sobre su hermana y la abrazó por el cuello con los dos brazos con tanta emoción que sus cuerpos chocaron contra la celosía. A Nina no pareció molestarle, incluso, apretó más a Cerise antes de hablarle.

—Te extrañé.

—Yo también te extrañé —murmuró Cerise con la boca apretada contra el velo. Ahora entendía por qué habían venido sus padres: Nina estaba de visita. Nadie la había visto desde la primavera pasada, cuando se casó con un acaudalado caballero cuarto hijo de Calatris y se mudó a sus terrenos.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó Cerise.

—Lo suficiente para visitarte una vez más antes de irme.

—Nina se apartó—. Ahora, déjame mirarte.

—No, déjame mirarte a ti. —Cerise se acercó para apartar el velo de su hermana, y Nina se puso rígida, así que Cerise miró por encima de su hombro para asegurarse de que su familia estaba sola—. Nadie te verá.

—Está bien —Nina suspiró—, pero solo por un momento.

Entusiasmada por la expectación, Cerise levantó el velo de la cabeza de su hermana y enseguida se olvidó de cómo respirar. Su sangre se negó a seguir fluyendo. Las palabras permanecieron latentes en su lengua, lo único que pudo hacer fue contemplar maravillada los contornos impecables del rostro de su hermana, porque Nina era así de impresionante. Siempre lo había sido. Nina había heredado el pelo castaño y los ojos esmeralda de su padre, pero de una forma que hacía imposible no quedarse mirando. Nadie podía apartar la mirada de Nina, y nadie podía resistirse a ella.

Esa era su maldición de primogénita.

Aunque la belleza destructiva no parecía una gran aflicción. También se rumoraba que los primogénitos de Solon tenían mala suerte en el amor, pero ¿no podía decirse lo mismo de la mayoría de la gente? En cualquier caso, Nina afirmaba que su apariencia no le causaba más que problemas, aunque el atractivo de los Solon era sin duda preferible a la sed de sangre de los Petros o al delirio de los Calatris. Los primogénitos de esas familias con gusto se intercambiarían por Nina. Y luego estaba la maldición Mortara, la suya era en verdad escalofriante.

—Ya basta. —Nina dejó caer el velo nuevamente.

Cerise protestó, provocando la intervención de su madre.

—Vengan a sentarse, las dos. La Reverenda Madre llegará pronto.

Como si fuera una señal, oyeron el ruido de las túnicas y la Reverenda Madre entró en la sala con la sonrisa cortés que reservaba para la nobleza. Como vidente suprema, su rango era superior al del padre de Cerise, pero las familias nobles tenían bolsillos profundos y el templo no podía prosperar solo con los impuestos.

—Bienvenidos —dijo la Reverenda Madre—. Que la luz de Shiera brille sobre ustedes.

Todos agacharon la cabeza y respondieron a coro: «Y que su ojo iracundo aparte la mirada».

Cerise se sentó entre sus padres en el diván, mientras que Nina ocupó la silla frente a la Reverenda Madre. Cuando todos se acomodaron, Cerise esperó oír el habitual informe sobre sus progresos, o la falta de ellos. Sin embargo, cuando la Reverenda Madre estaba a punto de hablar, emitió un ruido de dolor, su espalda se encorvó, dejó caer las manos sobre su regazo e inclinó la cabeza hacia delante.

Cerise extendió los brazos por encima de sus padres.

—No la toquen —les advirtió—. Romperían el trance.

—Esto no es un trance ordinario —susurró Nina, viendo cómo la vidente suprema empezaba a temblar.

Nina tenía razón, una fuerza lo suficientemente poderosa como para afectar así a la Reverenda Madre solo podía ser una revelación, un don increíblemente raro. Cerise había vivido en el templo desde su nacimiento y solo había presenciado el fenómeno dos veces. El proceso era más delicado que una burbuja de jabón: un movimiento en falso y la conexión espiritual se rompería.

La Reverenda Madre exhaló un suspiro áspero y habló con una voz gutural que erizó la piel de los brazos de Cerise.

—Como es arriba, así abajo. La llama que buscas apagar te consumirá.

Cuando Cerise se inclinó hacia delante, ansiosa por oír más, su madre la agarró de la mano y la apretó lo suficientemente fuerte como para hacerle crujir los huesos. Cerise soltó su mano. Miró a sus padres y se dio cuenta de que habían palidecido. Ver una revelación era algo aterrador, sobre todo la primera vez.

—No tengan miedo —susurró.

El trance terminó tan bruscamente como había comenzado. La Reverenda Madre se incorporó en su silla, con el pecho agitado y los ojos desorbitados por una emoción que Cerise no sabía cómo interpretar. La Reverenda Madre siempre había mantenido una compostura tan perfecta que le resultaba extraña cualquier muestra de emoción en su rostro.

—Su Excelencia —dijo Cerise—. ¿Está bien? ¿Quiere que vaya por una sanadora?

La Reverenda Madre le devolvió la mirada de un modo extraño, recorriendo deliberadamente las facciones de Cerise, como un artista que trata de memorizar una inspiración que desaparece.

—¿Su Excelencia? —repitió Cerise.

—Ven —le ordenó la Reverenda Madre, señalando a Cerise que se dirigiera a la salida. La Reverenda Madre se levantó de la silla y les dijo a los demás—: Por favor, quédense aquí y disfruten de sus bebidas; Cerise y yo volveremos enseguida.

Sus padres intercambiaron una mirada de confusión, pero no dijeron nada.

Después de que Cerise siguiera a la Reverenda Madre a través del jardín y el atrio contiguo, bajó la voz y volvió a preguntar:

—¿Su Excelencia? ¿Está bien?

—Oh, guarda silencio —le respondió—. Necesito pensar.

Cerise apretó los labios. Debió haber llamado a una sanadora sin pedir permiso, si llamaba a una ahora, sería una desobediencia y se le prohibiría la entrada al comedor para la cena.

—Escúchame —dijo la Reverenda Madre—, tengo una oportunidad para ti.

Al oírlo, Cerise inclinó la cabeza. Hasta ahora, solo había recibido órdenes, jamás oportunidades.

—Puedes quedarte aquí conmigo en el templo —le dijo la Reverenda Madre—, pero no creo que este sea tu lugar. Hoy me he enterado de que mi sirvienta más antigua y de mayor confianza ha muerto. Creo que tu propósito es sustituirla como emisaria del templo ante su majestad Kian Hannibal Mortara.

—¿El medio rey? —preguntó Cerise intempestivamente. Al instante, se le encendieron las mejillas. No debió referirse a él con un apodo tan vulgar—. Quiero decir, ¿el rey?

—¿Hay otro? —bromeó la Reverenda Madre.

No, no había. Por eso el Reino Aliado estaba al borde de la guerra. El rey era el último sobreviviente de la línea real, y todos los sacerdotes estaban obligados a servirle. Sin embargo, era un noble primogénito y llevaba la maldición de su linaje. Cada noche, al atardecer, se convertía en sombra, cada amanecer volvía a la normalidad. Con el tiempo, perdería sus horas de luz, hasta que desapareciera para siempre, como todos los primogénitos Mortara que lo habían precedido, y cuando eso ocurriera, el Reino Aliado se quedaría sin gobernante por primera vez en la historia.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó Cerise—. No lo entiendo. —Se estremeció al decirlo, esperando el inevitable regaño.

Pero no llegó, por primera vez en diecinueve años, la Reverenda Madre parecía desgarrada, como si estuviera librando una batalla invisible dentro de su mente. Su indecisión asustaba más a Cerise que su temperamento cotidiano.

Finalmente, la Reverenda Madre admitió en voz baja:

—He visto algo más que la muerte de la emisaria del rey. He visto el posible fin de las maldiciones.

Cerise ahogó un grito.

—¡Es un milagro, Excelencia!

—No, no lo es —espetó la Reverenda Madre. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las escuchaba—. Todavía no, por eso debemos ser discretas. El camino para obtener ese resultado es estrecho, más estrecho que un cabello. Para romper las maldiciones, hay que apaciguar a la diosa mediante pruebas y sacrificios.

—«Como es arriba, así abajo» —repitió Cerise—. «La llama que buscas apagar te consumirá». ¿A eso se refiere con «la llama»? ¿Es una de las pruebas?

—No lo sé. —La Reverenda Madre exhaló pesadamente por la nariz—. No pude ver nada al respecto con claridad, los detalles de este futuro están nublados porque su camino está entrelazado con el tuyo.

Cerise sintió que abría los ojos al máximo.

—¿Con el mío?

—Sí. Y más ahora que nunca, me desconciertas.

—Pero... —Cerise sacudió la cabeza. Nada de eso tenía sentido. ¿Había enturbiado de algún modo la revelación de la Reverenda Madre? Aunque fuera un completo fracaso como oráculo, seguro que no tenía el poder de afectar las visiones sagradas.

¿O sí?

—¿Hice algo mal? —preguntó.

La Reverenda Madre alzó una ceja.

—Tú dímelo, Cerise. ¿Hiciste algo mal?

—No, Excelencia —juró, aunque no lo sabía con certeza.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte —respondió la Reverenda Madre—. La diosa me ha permitido tener una visión clara de ti.

Cerise se animó.

—En mi visión —susurró la Reverenda Madre—, estabas sentada en un escritorio del palacio, estudiando las notas y los apuntes que te había dejado la antigua emisaria. Estabas aprendiendo su labor, muy concentradamente, debo añadir.

Cerise esperó a oír algo más, pero, al parecer, eso había sido todo. Intentó disimular su decepción, esperaba que la visión le revelara algo emocionante o algo que al menos le ayudara a comprender por qué aquel «estrecho camino» se cruzaba con el suyo.

—¿Es eso todo lo que debo hacer, Excelencia? —preguntó—. ¿Ese es mi único papel en el camino de romper las maldiciones? ¿Ser una emisaria?

—¿Que si eso es todo? —repitió la Reverenda Madre, fulminándola con la mirada—. ¿Acaso perdiste el juicio?

«Oh, no». Había dicho algo incorrecto, otra vez.

—¿Se te olvidaron tus lecciones? —continuó la Reverenda Madre—. Cada elemento de un camino, incluso un simple insecto, es fundamental para su resultado. Puede que no comprendamos el papel del insecto hasta que el futuro se haya realizado. Una avispa puede picar a una bestia y provocar que el animal vaya hacia el campo de tiro de un cazador, proporcionándole alimento y sosteniendo el viaje de docenas de hombres que, de otro modo, habrían muerto de hambre. Tus deberes como emisaria pueden llevarte a descubrir un detalle crítico, hacer un nuevo aliado o inspirar un descubrimiento que acabe rompiendo las maldiciones. Sea cual sea tu función, no es ni más ni menos importante que el de la avispa. ¿Cómo te atreves a preguntarme si eso es todo?

El fuego de diez soles encendió las mejillas de Cerise.

—Lo siento, Excelencia. No quise decir eso...

—Ahórrate las excusas, me haces enfurecer.

Lo último que Cerise quería era hacer otra pregunta, pero no había más remedio. Levantó la mano, como un niño que pide permiso para ir al baño... y se odió por ello. Si tuviera visiones, sabría las respuestas.

—Por favor, Excelencia.

—¿Ahora qué?

—¿Puedo preguntar qué se espera que haga como emisaria?

La Reverenda Madre asintió.

—Nada más allá de tu alcance. Tus deberes incluirán asistir a las reuniones con el rey, aconsejarlo en cuestiones de fe y representar a tu diosa adecuadamente comportándote como una dama del templo.

Eso no ayudó a aclarar el cargo. Cerise no podía imaginarse ninguna de las funciones que había escuchado, excepto la última. Sabía comportarse como una dama, al menos la mayor parte del tiempo.

—¿Entonces? —preguntó la Reverenda Madre—. ¿Aceptas?

Cerise reprimió el miedo que sentía en el pecho. No podía negarse si existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que su labor en la corte pusiera fin a mil años de sufrimiento. No tenía ni idea de cómo ser emisaria, pero su predecesora le había dejado notas y diarios para guiarla, eso era un comienzo.

—Sí, Excelencia —respondió.

—Bien, hay otra cosa. —La Reverenda Madre se inclinó más hacia ella—. En mi visión percibí enemigos de la diosa: hombres sin nombre ni rostro que sirven a falsos ídolos. Puede que no sea fácil distinguirlos, así que cuida en quién confías, incluso dentro de... —Se interrumpió para sopesar sus palabras.

—¿Incluso dentro de qué? —preguntó Cerise.

—Incluso dentro de nuestra propia Orden —susurró la Reverenda Madre, con voz apenas perceptible— hay sirvientes de la diosa demasiado apasionados que creen que el sufrimiento es el único camino a la expiación. Es posible que no quieran que el sufrimiento de las casas nobles termine. La visión estaba frac-

turada, incompleta. No pude discernir cuál es la voluntad de la diosa en esto, solo que hay una posibilidad. Debemos protegerla en su fragilidad. ¿Entiendes lo que digo?

Cerise no necesitaba las visiones para saber exactamente qué tipo de sacerdote estaba describiendo la Reverenda Madre. La mayoría de los sacerdotes eran tranquilos y amables, pero había otros, hombres de mirada dura y fría que parecían disfrutar más que nada sorprender a un novicio infringiendo una regla. Ella hacía todo lo posible por evitar a esos hombres. Y hasta que la voluntad de la diosa estuviera clara, proteger la visión era su deber sagrado, como si tuviera un gazapo en la palma de la mano.

—Sí, Excelencia.

—Guárdate la revelación para ti —advirtió la Reverenda Madre—, hasta que sepas quiénes son tus aliados.

—Sí, Excelencia. ¿Cuándo me iré?

—De inmediato, ordenaré que un carruaje te lleve al puerto. El viaje a Mortara durará varios días, y no hay tiempo que perder. Ve a despedirte de tu familia. Traeré un equipo de sirvientes para que te ayuden a empacar.

«¿De inmediato?» Cerise se tambaleó. Todo ocurría demasiado rápido.

Aturdida, regresó a la sala del jardín para compartir la noticia con su familia. Apenas se dio cuenta de lo que les decía. Cuando terminó de hablar, nadie respondió. Sus padres permanecieron inmóviles con los labios entreabiertos. El velo ocultaba la expresión de Nina, pero ella también se había quedado extrañamente inmóvil. Cerise comprendió su sorpresa, ella misma la sentía, pero esperaba un poco de emoción de su familia, o por lo menos una muestra de orgullo por su repentino ascenso.

—Sé que no me lo merezco —dijo—. Pero servir en la corte es un gran honor.

Su madre parpadeó como si despertara de un sueño.

—Oh, hija mía, por supuesto que mereces este honor y mil más. El rey sería afortunado de tenerte. Solo estamos...

—Preocupados —terminó su padre.

—Así es —dijo su madre—. El templo es el lugar más seguro para ti.

—Para cualquiera —intervino él.

—Sí, para cualquiera —convino ella—. Y está lo suficientemente cerca para que podamos visitarte.

—El palacio está demasiado lejos para nosotros —dijo su padre—. Deberías quedarte aquí.

Cerise sacudió la cabeza. Se había acabado el tiempo de tomar decisiones.

—Tengo que despedirme, la Reverenda Madre me pidió que me fuera de inmediato.

Se hizo un silencio colectivo, seguido de un intercambio de miradas pesadas. Entonces, su madre forzó una sonrisa y dio unas palmadas sobre el cojín que tenía a su lado. Cerise se sentó entre sus padres y su mamá sacó un objeto de su bolsa de seda.

—Llévate esto. —Su madre puso un disco liso y plano en la mano de Cerise—. Tu papá tiene el otro, puedes usarlo para hablar con nosotros mientras estás lejos.

Cerise miró el objeto y descubrió que se trataba de un espejo de corazón roto, llamado así porque los utilizaban los amantes separados para comunicarse en secreto. Nunca había tenido uno, pero sabía cómo funcionaba. Al levantar el espejo, vio el forro del bolsillo de su padre, después aparecieron sus dedos y luego, cuando su padre sacó el espejo, vio su cara, que esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Antes no te permitían tener uno de estos —dijo frente al cristal—. Pero ahora que no vivirás en el templo...

Cerise no escuchó nada después de las palabras «no vivirás en el templo», no podía concebir tal cosa. Habría sido más fácil imaginarse vistiendo la piel de otra persona. Jamás había salido del templo, salvo para ir al mercado, ahora se iría a una tierra completamente nueva. Parte de su vida estaba terminando, y ni siquiera lo había visto venir.

Las lágrimas le nublaban la vista.

—Nada de eso —ordenó Nina, que había permanecido tanto tiempo en silencio que Cerise casi se había olvidado de que estaba ahí—. ¿Mamá? ¿Papá? ¿Puedo despedirme de Cerise en privado?

Sus padres asintieron y salieron al atrio.

—Escúchame, porque no tenemos mucho tiempo —dijo Nina mientras se sentaba junto a Cerise en el diván. Metió la mano en el escote de su vestido y sacó una cadena dorada que pasó por encima del velo hasta liberarla. La cadena tenía un eslabón deforme y deslustrado que parecía haber sido un anillo—. Quiero que lleves esto como protección.

Cerise tomó la cadena y observó el colgante maltrecho. Tenía poca experiencia en reliquias encantadas, pero esta no parecía tener nada de especial.

—¿Qué es?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque cierta magia depende de guardar secretos. Póntelo.

—¿Cómo funciona?

—No importa. —Impaciente, Nina puso la cadena alrededor del cuello de Cerise y luego metió una mano por la parte delantera de su vestido del templo para meter el feo colgante entre sus pechos.

—¡Nina! —Cerise apartó las manos de su hermana.

—Malditos cuervos, Cerise, tenemos las mismas partes corporales.

—¡Eso no significa que quiera que toques las mías!

—Bueno. —Nina levantó las manos—. Solo prométeme que nunca te lo quitarás.

—¿Ni siquiera para bañarme?

—Ni siquiera. Y no dejes que nadie lo vea, ni el rey, ni sus sacerdotes, ni la Reverenda Madre, nadie.

—¿Y mamá y papá?

Nina se quitó el velo y mostró su rostro. Cerise supo entonces que su hermana hablaba en serio.

—A nadie, prométemelo.

—Lo prometo. —Cerise se oyó responder, perdida en la bruma de la belleza de Nina.

Nina se bajó el velo en el preciso momento en que la Reverenda Madre volvió a entrar.

—Vamos, Cerise —ordenó—. Tu carruaje está aquí.

—¿Tan pronto? —Cerise miró hacia su dormitorio. Seguro que tenía más cosas de las que podría haber empacado un sirviente.

—Está listo. Ahora vamos, niña, no me hagas repetírtelo.

—Sí, Excelencia.

Mientras Cerise salía de la sala del jardín y miraba el equipaje que la esperaba al otro lado, tuvo un pensamiento. Se preguntó qué tipo de ropa le habrían preparado los sirvientes. ¿Seguiría vistiendo la ropa de oráculo en formación? ¿Usaría la túnica de una vidente novicia? ¿O esperaría el rey que se vistiera para la corte con las mismas galas de seda que llevaban su mamá y Nina? No interpretaba ninguno de esas funciones. Cerise no era un oráculo, por lo menos, no lo creía, y su condición de segunda hija significaba que pertenecía al servicio de la diosa, no al mundo de los hombres.

¿Qué era ahora?

Quería preguntar, pero ya había puesto a prueba de más la paciencia de la Reverenda Madre como para abordar un tema tan frívolo como la ropa, así que guardó silencio e intercambió besos de despedida con su familia. Cuando se marcharon, la Reverenda Madre puso una mano en el hombro de Cerise y se despidió de ella.

—Aquí es donde nuestros caminos se separan, mi niña. Te extrañaré, aunque me hayas desconcertado hasta casi perder la cabeza.

—Estoy segura de que volveré algún día, Excelencia.

La Reverenda Madre negó con la cabeza.

—No sé dónde termina tu camino, pero jamás volverás a este templo.

Cerise prefirió no señalar todas las veces que la Reverenda Madre se había equivocado acerca de su camino. El futuro podía cambiar, tenía que creer que era posible volver a casa, al templo, cualquier otro resultado era demasiado aterrador para pensar en él.

—Recuerda, mi niña, te guiarán la calma y la compasión. No tengas miedo. Mantén viva la visión, aunque signifique guardártela para ti. —La Reverenda Madre volvió la mirada hacia los murales del techo—. La diosa tiene planes para ti, Cerise.

Cuando Cerise alzó la vista, su mirada se encontró con el lado iracundo del rostro de Shiera: un ojo en llamas, medio labio superior torcido sobre un colmillo letal. Un escalofrío le recorrió la espalda, no tenía ninguna duda de que la diosa había redirigido su camino.

Pero ¿qué lado había trazado el nuevo rumbo?